

# LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

## TEATRO PRINCIPAL.

*Primeras funciones de la compañía lírica.—  
Idem de la dramática.*

Concluyó la cuaresma con los cuadros vivos de Mr. Keller, que han ido á tomar vecindad en el Circo, y principiaron las Pascuas con otros cuadros, que por lo que hemos leído en un periódico de la plaza han tenido algo de lastimosos y algo de disolventes. Nos explicaremos.

Llámanse, como es sabido, cuadros disolventes aquellos en que aparece un paisaje por ejemplo; pero á muy poco van desapareciendo los objetos, dando lugar á otros nuevos que constituyen distinto cuadro. Ahora bien, nosotros hemos leído en el tal periódico que la compañía iba á sufrir una modificación, parcial segun parece, y que se reforzaría aquella además con alguna parte principal que le falta: de modo que se constituirá al cabo una cosa distinta de la que comenzó. En este caso el cuadro tendria algo de disolvente por lo menos.

Nosotros no pudimos asistir á la primera representacion, y esto nos quita los medios de poder juzgar con algun acierto siquiera á los nuevos cantantes, puesto que á la noche siguiente se suprimió una razonable parte de la ópera, y no ciertamente en obsequio á la brevedad, sino en consideracion á otras razones muy valederas sin duda, pero muy poco convincentes. Repartióse un papel impreso, porque las letras de molde parece como que tienen mayor autoridad que las manuscritas,

y en él se decia que por indisposicion de la prima donna se suprimian tres piezas, concluyendo con lo de la indulgencia y galantería del público; recomendacion que hace las veces de la décima final de las piezas modernas, las cuales en este punto no han hecho mas que perifrarsear aquello de

Y aquí da fin el sainete:  
Perdonad sus muchas faltas.

En efecto, bien habia menester este llamamiento á la pública indulgencia la soberbia tajada que se arrancaba de la ópera; pero aun en lo que quedó de ella apenas se oia á la cantante; lo cual nos persuadió á que en efecto debia de hallarse indispueta y no poco; puesto que de ser aquel su estado habitual no es posible ni que la hubiese ofrecido ajuste un comisionado que á ese solo fin fué á Italia, ni que la misma señora lo aceptase para un teatro como el Principal de Cádiz, donde tanto bueno se ha oido, y donde sobra inteligencia para juzgar.

Ya se sabe lo que es una ópera en la que no hay que contar con la prima donna, como quien no dice nada. Cantóse pues aquella noche sin fé, sin entusiasmo, á salir del paso, ó poco menos, y aspirando cada cual, no ya al triunfo de la obra, porque para ese se necesita la mancomunidad de esfuerzos, sino á no ser derrotado, y todo lo mas á dejar bien puesto su pabellon.

La Sra. Pinelli, *mezzo soprano*, segun nos pareció, tiene, á lo que pudimos colegir, voz fresca y sana; pero abusa de sus medios, y suele andar reñida con la orquesta, riñas en que no ganan ni el público ni la cantante. Por

eso creemos indispensable oirla mas para juzgarla de un modo definitivo.

El Sr. Prudenza es un jóven cuya voz nos recordó la de Belart, porque es de su mismo timbre. Canta con gusto y con buen método, aunque habriamos deseado mas sentimiento. Acaso dependiera, como llevamos dicho, de la falta de entusiasmo que se observaba aquella noche. El público, deseoso de encontrar á quien aplaudir, aprovechó con gusto la ocasion que el jóven tenor le presentó en su aria del tercer acto, y no solo le colmó de bravos y de palmadas, sino que le hizo repetir la cabaletta. No flaqueará ciertamente por este lado la compañía.

Del Sr. Assoni nada diremos porque es harto conocido en Cádiz. Este conocimiento de otros tiempos nos hace insistir en la idea que respecto á él hemos emitido en diferentes ocasiones. Hay un género que le está muy bien, y este género debería ser el de su predilección, porque en él se hará aplaudir siempre. Recuerde sinó el mismo cantante, y recuerde el público entero, como fué cantado Don Pascuale.

Aunque parece que hubo intencion de repetir la ópera, fué necesario desistir del pensamiento, y en su consecuencia se anunció para el próximo día la primera funcion dramática. La premura del anuncio trajo consigo la del ensayo: parte de los actores hubieron de venir de Jerez, de forma que aquel dia el ferro-carril fué una verdadera providencia. Sin embargo, no todos los que debian llegar llegaron, y poco antes de empezar se notó que alguno no habia recibido el aviso, siendo forzoso avenirse á lo que en aquel momento se pudo proporcionar. Esto hizo que la funcion anunciada para las siete y media, comenzase media hora despues; entreteniéndose los que habian sido exactos en pasear por los corredores, así como en leer otro cartel en que se pedia, ni mas ni menos que la noche anterior, la indulgencia del público.

Dábase en primer lugar *Jugar por tabla*, harto conocida y que habia sido además muy bien egecutada otras veces. Sin embargo, el Sr. Ossorio supo arrostrar comparaciones, y desempeñó su papel con singular acierto, habiendo sido muy aplaudido en algunas escenas y logrando que concluida la comedia fuese llamado por el público. Presentóse en union

de los demás actores, porque en verdad todos mas ó menos habian coadyuvado al éxito segun sus fuerzas.

Por fin de fiesta se egecutó por primera vez un proverbio dramático del Sr. Tamayo titulado *Huyendo del peregil*, cosa muy inferior á sus pretensiones, y en la que ni siquiera se justifica el título. Se reduce á un marqués cuyo hijo se ha casado sin licencia suya, y para castigarle emprende con él un viage á Sevilla á fin de anular el casamiento. Al pasar no sabemos por qué parte se rompe la rueda del carruage y tienen que entrar en una casa donde una jóven muy linda les hace los honores y les ofrece un almuerzo. El viejo marqués se enamora de la muchacha y trata de seducirla, pero no lográndolo se resuelve á casarse con ella, á cuya demanda accede con la condicion de que el marqués perdone á su hijo y apruebe su boda; pero es el caso que la tal jóven es su propia nuera, y que todo aquello, incluso lo de la rueda rota, habia sido una farsa preparada de antemano. El viejo, en vez de moler á ambos á palos por el chasco, los perdona, y la pieza acaba con los dimes y diretes de costumbre, en los cuales es de fórmula tutear al *respectable* público.

Aunque el tal proverbio fué bien egecutado, como que estaba á cargo de la Sra. Ramos y de los Sres. Boldun y Ossorio, gustó poco y no merecia mas.

F. F. A.

## UN NOVIO AL MEJOR POSTOR.

Niñas, las que ansiais novio,  
yo me doy casi de valde;  
acudid á la subasta,  
que se apercibe el remate.  
Ved que muchas van llegando,  
pujadme, niñas, pujadme  
y que buena pró le haga  
á la feliz que me alcance.  
Salgo á vistas porque luego  
ninguna á engaño se llame;  
pelo á pelo y ña á ña  
examinen rostro y talle,  
y ved bien todas mis tachas,

porque lo merece el lance.  
Mas como la condicion  
á la faz rara vez sale  
exije la buena fé  
que conozcais mi carácter.

Quiero que mi novia sea,  
no pido cosa, constante  
por seis meses... ¿Qué, hay murmullos?  
sean tres. ¿Pasan? Pues pase.

Item. Quiero que sin mí  
no salga nunca á la calle,  
y ni sin mí ni conmigo  
vaya á máscaras de trage.  
Hola! hola! cuchicheos?  
¿Poneis gesto de vinagre?  
Pues hijas, no capitulo;  
buscad otro si no os place.

Si es que nos casamos, quiero  
que esté con su esposo amable,  
que no le riña si tarda  
y que donde va no indague.

Que no reciba á moscones  
con visita perdurable,  
ni tenga amigos perpétuos  
que do quiera la acompañen.  
Que no revuelva diez tiendas  
por curiosear los trages  
cuando solo vá á comprar  
dos varas de miriñaque.

Que jamás pisen su estrado  
vendedoras trashumantes,  
porque á veces en sus lios  
á casa otros lios traen.

Que no me sea chismosa,  
ni murmure entre comadres,  
ni haga platillo con ellas  
de lo que en casa se hace.

Que al que le diga un requiebro  
una coz ó dos dispare,  
y mejor pase por záfia  
que no por coqueta pase.

Quiero que vista decente  
segun á mis medios cuadre,  
y pues siempre anduvo á pie  
no pida ahora carruaje.

De hacendosa y de casera  
haga con razon alarde,  
pues con buena economía,  
si no sobra, hará que alcance.

Esto ofrezco; quien me quiera  
en ello mírese antes:  
poca seda y mucho coco,

menos pavo que potaje.  
De Ramos á Pascuas ópera,  
y eso en cazuela, y Dios sabe;  
y en punto á los cuadros vivos  
mire no haga yo el *del hambre*.

¿Mas qué es esto? ¿Mi auditorio  
va menguando!... Muy bien hace.  
Muchas al pregon vinisteis  
y pocas luego quedásteis,  
pero aun con esas que quedan  
para escoger hay bastantes;  
que un novio, aunque malo, es novio  
y al fin casarse es casarse.

Siga la puja, y pues veis  
que me doy casi de valde,  
acudid á la subasta,  
que se apercibe el remate.

F. F. A.

## A SUS OJOS.

CANCION.

Hay unos ojos que hieren  
en lo profundo del alma,  
y al par que roban la calma  
muestran de dicha un Edén.  
Ojos que al mundo avasallan,  
por los que todos suspiran,  
ojos que matan, si miran,  
y si no miran, tambien.

Tal ¡ay dulce prenda mia!  
son tus ojos celestiales,  
que si al mirar causan males  
al no verlos, no hallo el bien.  
Ojos que apetezco y huyo,  
que mi existencia fascinan,  
que me matan si me miran...  
si no me miran, tambien

(Remitido.) JOSÉ DE P. BLANCO.

## SIN TÍ!

Ese sol, radiante, hermoso:  
la luna pura, esplendente  
sobre el azul trasparente

del cielo, divina houri:  
y la luz de las estrellas  
y todo el célebre ornato,  
para mí es triste, es ingrato,  
Elvira mia, sin ti.

Cuando me abruma un pesar,  
cuando causándome enojos,  
la luz de tus bellos ojos  
no brilla hermosa ante mí.  
Ni los placeres del mundo,  
ni los misterios del cielo  
me pueden prestar consuelo  
Elvira mia, sin ti.

En fin, si el mundo me brinda  
hombres, gloria, alegría,  
y ha de ser, hermosa mia,  
separándote de mí.  
No quiero placer, honores,  
ni vana gloria tampoco,  
que todo lo tengo en poco  
Elvira mia, sin ti.

G. F.

### GLOSA.

¡Oh dulce suspiro mio!  
no quisiera dicha mas  
que cuando de mí te vas  
hallarme donde te envío.

N. N.

Vuela suspiro doliente  
á donde habita mi amada,  
allá en la noche callada  
sobre el perfumado ambiente;  
dile cuanto sufro ausente  
del único bien que ansio,  
que me robó el albedrio,  
que mi vida es un tormento,  
en fin, dile lo que siento,  
¡oh dulce suspiro mio!

¡Cuánto es mi pesar al veros  
triste noche, clara luna,  
prado que encantos aduna  
melancólicos luceros,  
blanda fuente que en ligeros  
murmullos, creciendo estás!  
cual alejándote vas  
voló mi ilusion primera:  
¡ay si aquel tiempo volviera...!  
no quisiera dicha mas.

Vuela, vé, suspiro blando,  
porque cuando tú me dejas

y sobre el aura te alejas  
el espacio azul cruzando;  
me quedo yo meditando  
lo dichoso que serás,  
cuando á su lado estarás:  
así me robas la calma  
y no siente mas mi alma  
que cuando de mí te vas.

Pero en vano mis dolores  
evocan tristes memorias,  
dichas de amor ilusorias  
que aumentan mis sinsabores;  
luna, noche, fuente y flores  
no aumenteis mi desvario.  
Vuela si del amor mio  
venturoso mensajero,  
ya que yo jamás espero  
hallarme donde te envío.

(Remitido.)

J. DE P. B.

### LA ROCA DE LA FIDELIDAD.

A mi amigo el distinguido literato «Autor de los Viajes.»

¿A quién habrá dejado de escitar curiosidad la existencia de los pintorescos cantones de la Suiza? ¿Quién no desearía ver los paisajes poéticos, que forman las montañas, las fértiles llanuras y los embalsamadores prados, dibujados con el pincel de la natura en las márgenes del Rhin? Nace este rio en el monte S. Gotardo, recibe en su curso las aguas de muchas corrientes, atraviesa el lago de Constanza y pasa por Schafouse: próximo á esta ciudad observa atónito el pasajero una de las cascadas mas sorprendentes que se conocen, en la que da el rio un salto de setenta á ochenta piés de elevacion. El Rhin empieza á ser navegable, entre Bale y Estrasburgo, en este último punto toma el nombre de Alto Rhin, y desde Colonia hasta las playas de Holanda, recibe el de Bajo Rhin.

Encuéntranse en sus orillas la imperial Colonia, Maguncia, Andernach, Coblenz, y un sin número de bellisimas aldeas. Vénse allí tambien escenas que producen dulces sensaciones en el corazón del hombre, y perspectivas fascinadoras que obligan á dejar inmóvil nuestra vista. Admiranse bosques llenos de espesos matorrales, dó apenas penetran los rayos vivificadores del astro diurno, donde levanta el abeto su soberbia copa, despliega el haya su lindo ramage, elévase triste el esbelto ciprés, acaricia la yedra el robusto tronco del olmo, y dan fresca sombra los frondosos robles, á la

par que se oyen los diversos rugidos de las selváticas fieras, y se ven las aves de rapiña con sus encorvados picos, su pausado vuelo, y sus agoreras formas. Encantan mas allá en los amenos prados el saltador cristalino que semejándose en su elevación á un hilo de cristal, transfórmase al descender en gotas de rocío; la aérea mariposa agita con vivacidad sus alas de azul y oro, y compone su brillante penacho, posada en los ranúnculos, anémonas ó purpurinas tréboles; circuida de flores inodoras nace una violeta que esparce modestamente su fragancia suave, para perfumar las brisas; luce entre la verde espesura la cabeza radiada de la maya, formando contraste el color blanco y rosado de su diadema, con el amarillo del centro; las rosas, los alelies silvestres, los azulados lirios y las rojas amapolas, engalanan mas y mas ese cuadro de belleza, formando un conjunto indescribible. Aumentan estos hechizos un enjambre de doradas abejas, que liban de las flores el dulce néctar para conducirlo á sus celdillas; el armonioso trino de los ruiseñores, el balido de la inocente ojea, el ligero salto del cervatillo, el voltegear de las aves, el silbido del mirlo, el zumbido de los insectos y por último, la perfecta armonía del universo en aquel recinto deleitoso, donde todo respira grandiosidad y amor.

Grandiosidad y amor, si, márgenes del Rhin, florestas, prados, bosques, rocas escarpadas, sol brillante, cielo azulado, opacas sombras, fúlgidas estrellas, plateada luna, fieros huracanes, abundosas lluvias; todo aparece, caudaloso rio, mas bello en tus riberas. Ah! tú reflejas como nadie la omnipotencia del Criador; hé ahí tu grandiosidad; de ella nace el amor, aumentado por las tradiciones populares, que oye absorto el extranjero: tus ondas bulliciosas han sido testigos de un hecho sublime, han visto constantemente á Trenenfelds (la roca de la fidelidad) cuyo nombre no puedo pronunciar sin que se escape de mis labios una leyenda Suiza, que voy á referir á mis lectores.

En el siglo octavo habitaba en una de las aldeas que se elevan en el borde del Rhin, una hermosa jóven llamada Ildegunda. Nacida de una honrada familia, habia visto deslizarse los albores de su juventud infantil entre modelos de virtud y modestia: contaba apenas diez y ocho años, cuando sintió su pecho agitado por las dulces impresiones de un afecto, hasta entonces para ella desconocido. Su hermosura era sorprendente, su tez blanca ligeramente coloreada, sus cabellos negros formando gracias ondas, sus ojos grandes, rasgados y expresivos que revelaban la sensibilidad de su corazón, la esbeltez de su talle émulo de las enhiestas palmas del Asia; y finalmente, lo arrobador de su conjun-

to, sumia en éxtasis contemplativo á cuantos la miraban. Vestia comunmente un corpiño escotado de seda azul turquí, que dejaba ver las hechiceras formas de su niveo seno; una enagua de lana oscura diseñaba perfectamente la redondez de sus caderas, y cubriéndole poco mas abajo de la rodilla, lucia á través de una media de punto blanco la pierna mas perfecta y torneada, que pudiera concebir nuestra fantasía; una botita de cuero que terminaba en el tobillo, robaba á los ojos del espectador un pié, que bien podria adivinarse, juzgándolo por su exterior, como una de las mas bellas creaciones en su especie; su cabeza rodeada de suaves rizos que caian sobre sus hombros y espaldas, era pequeña, cubria la parte superior de ella un sombrero de suela charolada, bajo de copa y de espaciosa ala, la cual cogida por el lado derecho, se adornaba con una escarapela azul y encarnada, sujetándose aquel por dos cintas azuladas tambien, que se unian por medio de un lazo en la graciosa barba de Ildegunda.

Esta jóven, de cuya belleza solo me he permitido trazar un débil bosquejo, porque hay encantos que no se pueden describir con el corto auxilio de las palabras, y menos copiar ni aun por hábiles pinceles como los del Correggio, Zurbarán y Murillo: esta jóven, decia, en la que se reflejaban todos los hechizos de la mas perfecta natura, oia con frenesí los arrullos del amor, que con halagadoras voces le tributaba uno de los mas gallardos donceles de la comarca. Orlando, el heroico sobrino de Carlomagno, conocido tambien por Roldán, era ese doncel; habia dado su palabra á Ildegunda de que un dia no lejano se llamaria su esposo, por lo que en sus constantes deliquios de amor, acariciaban estos amantes la idea de una felicidad que tan próxima miraban; todo era júbilo, placer y entusiasmo para ellos, del mismo modo que prorumpen en melodiosos trinos las aves al despuntar la aurora, porque viene tras ella el luminar del dia, los apasionados jóvenes prorumpian en delirios y accesos de gozo, porque el fuego de su pasión les anunciaba cercano el sol de sus amores.

Sin embargo, los arcanos insondables de la Providencia les reservaba otra cosa distinta; Orlando fué llamado al combate: el honor, verdugo del hombre, cavaba quizás la sepultura de una felicidad que era su sueño, su bello ideal; el mismo dia de su partida fué á despedirse de su amada: era Orlando alto, robusto, su tez morena clara, sus ojos brillantes y expresivos, su cabello negro como su grande y poblado bigote, su andar firme y enérgico, su pecho arqueado, espacioso, y su cuerpo derecho, unido á su aire marcial, le hacian aparecer aun mas arrogante; vestia de guerrero, é H-

degunda, que jamás lo había visto de tal suerte, estaba atónita de placer: lo amaba mas que nunca y derramaba al mismo tiempo lágrimas de dolor; su calzon de punto, su airosa coraza, sus botas hasta las rodillas, su peto de malla, su tizona y sus airosas espuelas, aumentaban su belleza, causando una impresion dulce á su amada; la ausencia que venia á anunciar le arrancaba á la par torrentes de amargura, que corrian por las pálidas mejillas de aquella. ¡Oh qué escena tan sentimental! Los ojos del valeroso guerrero humedeciéronse tambien, nada mas natural; iba á apartarse del cielo que lo alegraba, iba á dejar la mitad de su existencia, iba á enervar la fuerza de su ser; harto hacia con sepultar los sollozos de su pasion en la tumba de su deber; con arrancarse el corazon con sus propias manos; con asesinar él mismo su primer afecto: *mundo, honor, deber*, palabras inventadas por Satan para hacer al hombre creador de su infortunio; maldición á las palabras, y loor eterno á los que con un valor de que carecen hasta las selváticas fieras, cumplen con ellas siendo homicidas de sus sentimientos.... Pero ¿á qué hablar?... cuantos se hayan visto en la necesidad de rasgar con enérgica fiereza el cielo de su amor, comprenderán la elocuencia de unos ojos amantes humedecidos. Orlando marchóse así; ya no veia á Ildegunda, pero sabia que lloraba, sí, lo sabia, porque las gotas del llanto de su amada, las sentia caer sobre su corazon, cual si fuese fuego esterminador.

Pasaron dias sobre dias y meses sobre meses, y las lágrimas de Ildegunda que debieron haberse disminuido, aumentáronse fundadamente: nadie sabia noticias de Roldan, y su amada era atormentada por una horrible incertidumbre: despues de mucho tiempo de angustias llegaron nuevas, pero.... infaustas, nuevas que llevaron la desolacion mas dolorosa al pecho de Ildegunda, que disiparon instantaneamente de su imaginacion las esperanzas de felicidad que durante tanto tiempo había abrigado; llegó la nueva de la muerte de su amante y con esa noticia concluyeron sus aspiraciones, sus deseos, sus ilusiones y hasta sus sentimientos ¡habia muerto su amante! era ese un dolor insufrible, voraz, esterminador; era una desesperacion satánica, que queria un lenitivo, que necesitaba aplacarse y.... ¿cómo? la religion era el único bálsamo que podia atenuar los agudos tormentos de tan insondable llaga; á ella acudió Ildegunda tomando el velo, renunciando á la vida social para entregarse á la religiosa sepultándose en el claustro, como lo hizo, profesando en el convento de Monnensserther. Apenas acababa de consumarse el sacrificio, atronaba las riberas del Rhin el estruendo de una trompeta, ese sonido anunciaba la vuelta de Roldan.... ¡No

habia muerto! había recibido en la guerra una grave herida, de la cual curado volvia triunfante en busca de su amor; pero... ¡ya era tarde!... un hado funesto parece que se había complacido en burlar inicuaamente á los dos amantes. El sobrino de Carlo-magno maldijo á su sino y bendijo á su Dios: consagróse al último, haciendo edificar una ermita próxima al convento donde estaba su amada, sobre una roca, que tomó desde entonces el nombre de Trenenfelds (La Roca de la fidelidad); allí estuvo Roldan, hasta que al poco tiempo sobrevino la muerte de Ildegunda: lanzóse entonces á los combates, en donde á la corona del martirio añadió multitud de laureles gloriosos, siendo por fin una de las primeras víctimas en la batalla de Roncesvalles, año de 778, desde donde voló su alma á unirse con la de su infeliz amada.

Bayona y Agosto 15 de 1854.

E. DE MIRANDA Y RAMIREZ.

EPISTOLA.

**A MI AMIGO D. J. S. Y B.**

Querido amigo del alma:  
 recibí con gran contento  
 tu carta y por ella sé  
 te hallas sosegado y bueno.  
 Pero á mi se me figura  
 y equivocarme no creo,  
 está tu cabeza mala,  
 pues tratas de casamiento.  
 Casarte! pobre muchacho:  
 Te has mirado bien en ello?  
 ¿No conoces los peligros  
 de ese estado tan perverso?  
 Soy viudo, Juan, viudo  
 y de ello no me quejo,  
 tengo esperiencia bastante  
 y consentir yo no puedo  
 hagas aquea locura:  
 y pues que mucho te aprecio  
 te doy de amistad en prueba  
 mi parecer, mi consejo.  
 Si para casarte eliges  
 una polluela, es muy cierto  
 acostumbrarla podrás  
 á ser mujer de provecho.

Mas no sabes que las niñas aprenden desde el colegio á ser coquetas de oficio, á pensar en el paseo, á hablar de teatros, modas, á criticar de lo bueno: y en fin tanta cosa aprenden que nada saben de cierto; y como la duda, amigo, es maliciosa, convengo que toda polluela tiene mas malicia que el infierno.

Si pretendes á una polla crecidita, peor te veo, que esa ya concedora es un tanto del terreno, quise decir de los hombres, estudiará tu buen genio, se divertirá contigo, gastará mucho dinero en trages y en papalinas, te mareará á lo bello, y en fin te hará todo un Juan, de los maridos modelo.

Si escojes una cotorra, (mejor quiero verte tuerto) pues estas son caprichosas, muy románticas, mal genio, enredosas, coquetonas y de un saber tan tremendo, que harán contigo, buen Juan, lo que á decir no me atrevo.

No llegará tu locura hasta el detestable estremo de querer tomar estado con una de á medio ciento; entonces, mi Juan querido, no tenias perdon del cielo: que una vieja es lo mas malo que se vé en el universo: y además que mamá tienes y no necesitas de esto.

Este es, Juan, mi parecer, si á tí te parece bueno acéptalo y no te cases puesto que será tu entierro: que yo por mi mala suerte fui casado en algun tiempo y solo de recordarlo te juro que me estremezco; y cuidado que mi Lola fué de mujeres ejemplo: así yo le pido á Dios la lenga en su santo cielo que ella allá se estará bien

y yo aqui muy bien me encuentro.

Adios, mi querido Juan, ten presente mi consejo y no te cases, no, nunca si quieres vivir contento. Recibe de este tu amigo los mas sinceros afectos y sabes que es siempre tuyo

(Remitido.) FORTUN TRONANDO Y LLOVIENDO.



## EN LA HOJA DE UN ALBUM.

Detén, misera barquilla, esa rápida carrera, vuelve, vuelve á la ribera, deja, pues, el alta mar. Tú llevas, negra barquilla, la hermosa virgen que adoro, ella es mi bien, mi tesoro, el ángel de la beldad.

¡Ay! en vano: de las aguas arrullada blandamente sigue la mansa corriente sin escuchar mi dolor. Y al soplar del cefirillo la blanca lona tendida lleva la nave impelida en torbellino veloz.

El sol ya triste y sombrío dejó su sùlgido coche, y vino la negra noche con sus tinieblas sin fin. Vino la noche angustiosa desmayada, oscura y fria, cual la misera agonía del hombre que vá á morir.

Al abrir mis tristes ojos cuando el sol los montes raya, salgo lloroso á la playa la negra nave á buscar. Entre las cárdenas nubes del sol turbio á los reflejos distingo ¡ay Dios! á lo lejos la navecilla «Amsterdan.»

Con ella van mis amores, mi placer, la vida mia, con ella vá la alegría que entusiasmado anhelé. Ahora aqui me restan solo

los recuerdos deliciosos,  
de los instantes hermosos  
que con ella disfruté.

¡Ay! Adios, adios, la virgen  
que inocente, bella y pura  
me cegó con su hermosura,  
con su magia me hechizó.  
Duerme quieta y sosegada  
al arrullo de las olas,  
mientras yo me duermo á solas  
con angustia y con dolor.

Al tocar el sol hermoso  
el azul del mar dormido,  
al albergue do ha vivido  
voy gustoso y con placer.  
Mas ¡ay triste! que no encuentro  
á mi virgen, pura, hermosa,  
con su tez de nardo y rosa,  
con sus labios de clavel.

El cielo con sus estrellas,  
la luna con sus fulgores,  
el valle ameno y sus flores,  
las blandas olas del mar.  
El murmullo dulce y leve  
de la brisa seductora,  
me recuerdan hora á hora  
la bella que supe amar.

De mi mente antes tranquila,  
ahora de penas colmada,  
su linda tez nacarada  
ni un instante se apartó.  
Ella en su patria se olvida  
de los tiempos presurosos,  
que pasaron silenciosos  
en las ráfagas de amor.

Goze una vida serena  
sin tormento ni amargura,  
sin marchitar su hermosura  
de las penas el rigor.  
Si ella es feliz, venturosa,  
jamás turbaré su encanto,  
con la tristura del llanto  
que de mis ojos salió.

(Remitido.) ZELIM-MAC-BEN-JAMAR.

**Solucion á la charada inser-  
ta en el número anterior.**

No permita Dios me encuentre  
en el centro de una llama,  
como tampoco oprimido  
entre nudos de la malla.

J. M. PEREZ.

**CHARADA.**

Segunda antepuesta á prima  
es un parage fatal,  
donde halla todo mortal  
un término á su existir.  
Y el todo, de una poetisa  
lector, te declara el nombre,  
que por sabia, gran renombre  
supo en su tiempo adquirir.

(Remitido.) J. M. PEREZ.

Acompaña al presente número un  
gran patron para corte de vestidos de  
niñas de ocho años, y al mismo tiempo  
otros para hacer capotas y sombreros pa-  
ra las mismas.

**LA MODA** se publica todos los Domingos.  
Con el primer número de cada mes, recibirán los  
Sres. suscritores una lámina litografiada de figuri-  
nes, dibujos de crochet, ó una hoja grande de pa-  
trones, etc.

**PUNTOS DE SUSCRICION.**

- En Cádiz, REVISTA MÉDICA, plaza de la Constitucion, número 11.
- LIBRERIA ESPAÑOLA, calle de Guaneros número 56.
- En S. Fernando: D. Juan Alvarez, Libreria Española.
- En Puerto Real: D. Francisco P. Márquez.
- En Medina Sidonia: D. M. Giorla.
- En Algeciras: D. Rafael de Muro.
- En Málaga: D. Francisco P. Moya.
- En el Puerto de Sta. Maria: D. José Valderrama.
- En Sanlúcar: D. José Quesada, y D. José M.<sup>a</sup> Esper.
- En Jerez: D. José Bueno, y D. Ramon Jordi.
- En Sevilla: D. Francisco Alvarez y C.<sup>a</sup>, D. José M.<sup>a</sup> Geoffrin y D. Juan Antonio Fé.